

de su delito, y pensase expiarle con lágrimas de penitencia. Postróse á los piés del santo, pidióle que la perdonase, é hizo sinceramente la confesion que habia fingido para seducir la inocencia. Así quiso Dios trocar esta mujer de vaso de desprecio en vaso de honor, y así quiso manifestar la santidad de su siervo con las pruebas mas auténticas que tiene la virtud.

Habia ya en este tiempo conquistado á Córdoba el rey católico, y pensó en retirarse por algun tiempo á su corte. Acompañóle el santo en el camino; pero luego que llegó á Castilla se despidió del rey, deseoso de huir los peligros que encierran los palacios, y de ser mas útil por medio de la predicacion á sus prójimos. Retiróse á Galicia, en donde comenzó á ejercitarse de nuevo en el ministerio de la divina palabra y de la sagrada penitencia, ganando para Dios gran número de almas. Sus discursos eran vivos y eficaces, recayendo siempre sobre los vicios dominantes en la multitud, sin que nadie se ofendiese de verse reprendido. La palabra de Dios adquiria una nueva fuerza en sus labios, porque juntamente predicaba su virtud y todas sus apreciables circunstancias: pero estas mismas le pusieron diversas veces en el mayor riesgo de perderse. Era el santo de una gentil presencia, de semblante noble y hermoso, y esto fué causa de que su honestidad fuese tan combatida; pero siempre salió victorioso por medio del milagro del fuego que ya queda referido, y de que tuvo que valerse otras veces para rebatir las atrevidas sollicitaciones de mujeres deshonestas.

Dios por otra parte le ayudaba poderosamente con su gracia; y no parecia sino que habia puesto en su mano el uso de su omnipotencia, segun la facilidad con que hacia los milagros. Llegó una vez sediento á pedir un poco de agua á una pobre mujer, la cual no

tenia mas que una corta porcion de vino que la habia mandado guardar su amo; hizosela traer, y habiendo bebido él y su compañero, quedó en la vasija la misma cantidad. Otra vez, siguiéndole este de mala gana en una expedicion de caridad, por el cansancio y hambre que padecia, le dió á comer un pan y á beber un vino que manifestaban en su bondad ser cosa del cielo. Mandaba á los elementos, y estos reconocian en él un ministro y un siervo fiel de su Criador. Manifestóse esto diferentes veces en las aguas del Miño, ya sosteniendo milagrosamente al santo para que pasase de un lado á otro sin sumergirse, ya echando los peces á la orilla para sustentar á los pobres y á los que construian un puente para la pública utilidad. Tambien se vió obedecerle las tempestades, calmando ó dejando libres de sus truenos y relámpagos aquellos lugares en que el santo estaba predicando.

De este modo, entre los portentos de la gracia y los afanes de su ministerio apostólico, pasó una vida llena de merecimientos y de heróicas virtudes, que le aseguraban las recompensas eternas. Quanto mas se le acercaba la muerte, tanto mayor era su ardor y su zelo por el bien de las almas, superando la caridad la flaqueza de sus fuerzas debilitadas por la vejez, las penitencias y continuos trabajos. Pero llegó el tiempo en que quiso Dios darle el premio debido á su fidelidad; y el cielo le hizo la misericordia de anunciárselo con anticipacion. Reveló este secreto el santo predicando en Persecario el dia del domingo de Ramos. Dijo á sus oyentes como estaba ya muy cercana la hora de su muerte, y les certificó de que no volveria mas á aquel pueblo á predicar la palabra de Dios. « Por tanto, hermanos míos, decia, cuando llegue á vuestra noticia que está ya pronta mi alma á presentarse en el tribunal de Dios, ayudadme con vuestras ora-

ciones para que me juzgue con misericordia: porque aunque no me remuerde la conciencia de haber ofendido al Señor gravemente despues que dejé el mundo, con todo eso, no me creo con tanta pureza, que no necesite de los sufragios que ofrecen á Dios los fieles por sus hermanos. » Dicho esto, que oyeron con lágrimas aquellas venturosas gentes, se despidió de ellas, y se marchó á Tuy, en donde predicó los dias restantes de la Semana Santa, hasta que acercándose ya la Pascua, cayó peligrosamente enfermo.

Deseaba el santo con ansia morir entre los religiosos, sus hermanos; y así, habiéndose mejorado algun tanto, creyó que podria llegar al convento de Santiago, de donde era conventual. La vehemencia del deseo le dió fuerza para ponerse en camino; pero á poco trecho que anduvo, conoció que era empeño vano el querer resistir á la dolencia que se presentó con nuevos esfuerzos; y volviéndose al compañero, le dijo: « Creo, hermano mio, que es la voluntad de Dios que volvamos á Tuy para que yo muera allí; y así, si no lo teneis á mal, hacedme merced de que volvamos atrás de nuestro camino. » Condescendió el compañero, llegaron á la casa en donde solia hospedarse, agravóse la enfermedad, y sintiendo que llegaba ya la hora de su descanso, llamó á su huésped, y le habló de esta manera: « Amado hermano mio, sabed que nuestro misericordioso Dios quiere poner ya fin á mis trabajos; yo he procurado alcanzar de su piedad que suspendiese un terrible castigo que amenazaba á esta provincia por los delitos de sus habitantes; y por lo que toca á vos, estoy sumamente agradecido por la caridad que conmigo habeis siempre usado, y os suplico querais recibir esa correa y ese báculo en muestra de mi agradecimiento, que no tengo otra cosa con que dároslo á entender; y tened confianza en Dios de que algun dia os podrá servir de

algun provecho. » Recibió el huésped aquel donecillo con la mayor devocion; envolvióle en un lienzo blanquisimo, y queriendo en una ocasion partir con un amigo suyo aquel precioso regalo, fué impedido milagrosamente del cielo, y avisado para que lo depositase en la iglesia catedral, donde se conserva, obrando Dios por medio suyo muchos prodigios.

Llegó finalmente la hora de su muerte, para la cual se habia preparado con oraciones fervorosas; y habiendo recibido los santos sacramentos, durmió el sueño de los justos, poco despues del dia de la Resurreccion del Salvador, año de 1246, segun la opinion mas probable. Su muerte fué exenta de aquel horror que infunde por lo comun en los vivientes; antes bien todos la celebraron como si fuese dia de nacimiento, ó como un dia destinado á celebrar unas bodas eternas del alma con Jesucristo. Celebró las exequias al santo el grande obispo Lucas de Tuy, bien conocido por sus escritos y su piedad; y cuidó de colocar el venerable cadáver en un sepulcro decente, junto al cual dejó mandado en su testamento que colocasen el suyo. Despues, andando el tiempo, fueron tantos los prodigios con que quiso el Señor honrar á su siervo, y tanto el concurso de los que acudian con votos al sepulcro, que don Diego de Avellaneda, dignisimo prelado de aquella iglesia, quiso trasladarle á mejor y mas decente sitio, cual era la capilla de los señores obispos; como en efecto lo ejecutó en 22 de enero de 1529. Trasladóse el cuerpo del santo encerrado en una arca primorosa de plata, habiéndose celebrado la exhumacion del cadáver y su traslacion con aquellas solemnidades de divinos officios, concurso del pueblo, y devotas procesiones con que deben celebrarse las traslaciones de los santos. Pero pareciéndole á don Diego de Torrequemada que un justo tan insigne, y á quien el cielo distinguia

con tantos milagros, no debía estar confundido con los obispos, resolvió edificar una suntuosa capilla donde se venerase el cuerpo de san Pedro. Ejecutóse así, y se trasladaron á ella las sagradas reliquias en 27 de abril de 1579, entre alegres y devotas aclamaciones del pueblo.

Los milagros con que manifestó Dios la santidad de su siervo despues de su muerte, fueron tantos y tan frecuentes, que excitaron la admiracion de todos, concurriendo de todas partes con votos y presentallas, testimonios de los favores recibidos. Su sepulcro manifestó por mucho tiempo un aceite maravilloso, semejante al que se dice haber sudado aquel precioso monumento del monte Sináí, en que por ministerio de ángeles fué depositado el cuerpo de santa Catalina. Los leprosos, paralíticos, cojos, mancos, tullidos y enfermos de todo género de enfermedades, recibían salud siempre que con verdadera fe se le encomendaban; pero quienes le han sentido mas propicio han sido los marineros en las terribles angustias de las tormentas del mar. Estos le conocen por el nombre de Santelmo, y con el mismo le invocan en sus aflicciones, experimentando su patrocinio en los naufragios y borrascas; pero no van acertados cuando serenas estas, juzgan que las lucecillas fosfóricas que aparecen en los palos de los navios, son luces producidas por san Pedro; pues antes que el santo naciese sucedía lo mismo en las embarcaciones de los gentiles, en lo que se ve claramente que ningun influjo podia tener su intercesion. Los efectos de la naturaleza y de la gracia no deben confundirse, ni atribuirse, tal vez con supersticion, á esta última, lo que es puramente efecto de la primera. Alabemos á Dios por los beneficios que nos dispensa en sus santos, y porque en san Pedro quiso de varias maneras manifestarse grande y maravilloso.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en la vía Apia, la fiesta de los santos mártires Tiburcio, Valeriano y Máximo, martirizados en tiempo del emperador Alejandro y del prefecto Almaquio: los dos primeros, que habian sido convertidos á Jesucristo con las exhortaciones de santa Cecilia, y bautizados por el papa san Urbano, fueron apaleados y decapitados por la fe: Máximo que era Ayuda de cámara del prefecto, movido de la constancia de estos mártires, y confirmado con la aparicion de un ángel, creyó en Jesucristo, y fué azotado con plomadas hasta que entregó su alma.

En Terni, san Próculo, obispo y mártir.

El mismo día recibió la corona del martirio santa Domnina virgen, con otras muchas virgenes compañeras suyas.

En Alejandria, san Tomaide, mártir.

El mismo día, san Ardalion, farsante, el cual como estuviese escarneciendo en el teatro las ceremonias de los cristianos, mudado de repente en otro hombre, no solo defendió la santidad de ellas con sus palabras, sino tambien con el testimonio de su sangre.

En Leon de Francia, san Lamberto, obispo y confesor.

En Alejandria, san Fronton abad, memorable por su gran santidad y milagros.

En Roma, san Abundio, sacristan de la iglesia de san Pedro.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui in maris periculis constitutis beati Petri opem singularem ostendis, ejus nobis intercessione concede, ut in hujus vitæ procellis tuæ

O Dios, que manifestas el singular patrocinio del bienaventurado Pedro con los que se hallan en los peligros del mar; concédenos por su intercesion,